

estaban con sus uniformes, recargados sobre unas peñas, llenos de sangre, con los ojos abiertos, con la nariz al aire, pálidos, retadores, llenos de brío en su inmovilidad. Al ver los cadáveres Inclán se olvidó de su papel, tomó al pobre indio desnudo, que parecía dormir en la tierra húmeda y fangosa, le dijo no sé qué cosas conmovedoras y tristes, y acabó dirigiéndose á nosotros:

— ¡Camaradas, juremos vengar, á estos amigos, á estos hermanos nuestros!...

— ¡Tú no es loco; tú es un furbo fripón!, exclamó el oficial cogiéndole por el brazo.

Inclán comprendió que había llevado su papel más allá de la cuenta y que empezaba á hacer verdaderas locuras; quiso enmendar el paso y se lanzó á tales excesos, que acabó por hacernos desternillar de risa y por aplacar la suspicacia de los franceses.

Pero aquí interrumpo esta relación para seguir mañana, pues va haciéndose larguísima la carta.

(Al día siguiente):

Como decíamos ayer, Génie de mi alma, nuestro camino va haciéndose cada día más monótono y antipático. Casi todas las tardes llueve, al extremo de no quedarnos trapos secos sobre la persona; los caminos se ponen fangosos, resbaladizos, de manera que se siente horror de dar un paso por ellos; los caminantes se esconden ó apresuran el paso; de los ranchuelos y jacaluchos se ven solamente

los montones de hoja seca acumulada en hacinas colosales, y los perros, hoscos y gruñidores, nos ladran como anunciándonos que no debemos llegar adonde ellos disfrutaban del fogón en que suena el palmoteo de la mujer que *echa* las esponjadas y sabrosas tortillas, crepitan las rajadas de leña y perfuma el aire la boñiga recién cosechada en el campo.

Adelante, adelante; y adelante vamos hasta llegar á un corral tristón y destinado á encierro de bestias, en que no hay más lecho que el que ofrece el suelo húmedo, más comodidad que los terrones desnudos y tristes, más cortinajes que el viento y la lluvia y más música que los alerzas de los centinelas y el *cacahú, cacahú*, de los coyotes, contestado de lejos por el ladrido de los perros, que parece el golpear de una maza sobre una tabla...

Dormimos mal, con sueño pesado y duro, atestado de siniestras visiones, y salimos de él con la conciencia de que es necesario fugarnos, gritar, hacer algo.

— No hemos dado palabra, me decía la otra noche el general Cosío; estamos, pues, libres para marcharnos á la hora que lo deseemos. Si me hubieran determinado que me presentara en París, en Constantinopla ó en el fin del mundo, yo ocurriría allá si hubiera dado mi palabra; pero cuando me llevan con tal lujo de precauciones, tengo el derecho de intentar lo que me plazca. ¿Ó no, capitán?

— Si usted fuga, yo mata, dijo un sargento que debe de

haber sabido algo de español. Fucados, todos fucados; generales, jefes, todos los presos... Yo mata todos...

Nos miramos comprendiendo que había que seguir el ejemplo de los otros y descansamos ya tranquilos y satisfechos: podíamos y debíamos aprovechar la oportunidad de evadirnos.

A la mañana siguiente el día amaneció claro y limpio. Nosotros amanecimos por nuestra parte tan listos y dispuestos como no habíamos estado nunca. Avistamos á Orizaba, y desde que la avistamos, conocimos que nos hallábamos en terreno amigo; un obrero limpio y guapo con quien topamos se quedó mirándonos con interés; dos más que salían de un taller, tras de hablar un rato entre sí, se quitaron los sombreros y nos saludaron; en la esquina inmediata, un grupo de hombres y mujeres prorumpió en un grito que nos sorprendió grandemente: «¡Vivan los defensores de Puebla!», dijo; y un poco más allá vociferó un borrachín: «¡Vivan los mexicanos honrados!».

No se necesitó más para que los custodios se indignaran y embistieran contra nosotros atropellándonos con los caballos y dándonos golpes de plano con los sables.

— ¡Formen, formen; vista á la izquierda! gritaba con furia el valiente coronel Hennique... Tome nota, sargento, de las calles y las personas de donde han salido esas voces... Adelante á toda prisa.

Y nos introdujeron al convento de San José de Gracia, donde ya se encontraban varios cientos de prisioneros, entre ellos todos los generales.

Inclán puso inmediatamente el paño al púlpito de su locura. Empezó por procurarse trapo blanco, una brocha humo de ocote, y luego que tuvo aquello se puso á pintar un gran rótulo que decía:

*Expendio de pasajes gratis á la Martinica*

Celebramos el humor chistoso y maleante de Inclán, pero no estábamos muy de acuerdo con emprender el viaje á la insalubre isleta del Atlántico. Cuando más ardientemente discutíamos, el mismo oficial que nos había anunciado el fusilamiento como recompensa á nuestros bríos, se nos acercó dando tumbos, y dijo señalando el papelón del cuento:

— ¡Oh, no; Martinique, no, Francia, Francia sí!

— ¡Oh, Francia! exclamó Inclán; muy bien; vamos á Francia, que al fin á eso hemos aspirado todos durante nuestra vida, á ver Francia, á ver esas Europas de Dios. ¿Que nos llevan bajo partida de registro? No hay cuidado; no por eso París ha de dejar de ser París, ni Mabilie, Mabilie, ni Folies Bergères Folies Bergères... Vamos á Francia, que es el país de Badinguet, de Eugenia y de Pepe Hidalgo... ¡Qué diablo! Yo estoy resuelto á ponerme al habla con Napoleoncete y á arreglar con él algunos asuntos... Aquí nos esperan golpes y contrariedades, allá nos

aguardan satisfacciones y buena vida... Vamos á Francia...

— Sí, dijo alguno; vamos á Francia, que al fin tiempo ha de sobrar para volver á nuestra tierra.

— Ya lo creo, y también para fugarse.

— ¿Quién habla de fugarse? interrumpió Inclán.

— ¿Quién? Luis Terán, que ha echado de la prisión más de diez jefes, sencillamente haciéndoles quitarse el uniforme y asegurando que son mozos de tal ó cual hacienda y de tal ó cual persona.

— Pues nosotros no haremos esas cosas. A Francia vamos.

— Si puedo, yo me fugaré, dije en voz alta: me he comprometido á servir á mi país y seguiré aquí si me dejan; sólo que de nada sirva mi buen deseo me marcharé adonde me lleven.

— Adiós, don Quijote de la Farsa.

— Llámame como quieras, que al fin tú has de hacer lo mismo que yo.

— ¿Que voy á hacer lo que tú, pedazo de cachiporra? Tú no podrás admirar nunca con un fervor tan grande como el mío, á las preciosas criaturas que acaban de entrar á esta prisión en busca de no sé qué venturoso amante, padre, marido ó hermano.

— Son en nuestro encierro como el ángel que vió Tobías en medio de la noche, advirtió uno que se picaba de poeta á lo Carpio.

— Son encantadoras, dije admirado.

— Son, exclamó un orizabeño, las tres Zamoras, hijas de don José Miguel, Pepa Llera, Matilde Calatayud y Lupe Martínez, todas muchachas de lo más granadito del lugar.



— ¡Y qué guapas son!

— ¡Y qué patriotas, y qué templadas, y qué buenas!

Se acercaron á nuestro grupo, y con la sonrisa en los labios nos preguntaron:

— Caballeros, ¿alguno de ustedes desea fugarse?

— Yo, señorita, respondí á la más linda.

— Pues agúardenos usted un poco; se nos ha acabado

la provisión de trajes y necesitamos algunos más para satisfacer todos los pedidos.

— ¿Trajes, señorita? ¿Y qué trajes son esos?

— Los de nuestros padres y hermanos, que son los únicos que podemos poner á disposición de los amigos de Puebla.

— ¿Y cómo los introducen ustedes?

— Debajo de las ropas, entre la crinolina y las enaguas. Así saqué á González Ortega: se quitó el uniforme, se plantó un vestido de paisano, y á la calle.

— Y yo á Patoni.

— Y nosotras á don Ignacio de la Llave; como es tan grandote de cuerpo y tan conocido en Orizaba, tuvimos muchísimo trabajo para evitar que le cogieran.

— Yo saqué á Bernardo Smith y á Octavio Rosado.

— Y yo traté de echar fuera á don José María Mendoza; pero el maldito no se dejó querer. Nos dijo... ¿qué nos dijo, tú?

— Un latinajo. ¿Cómo era? ¡Ah, sí! *fugite, parte adversæ*; no habéis de conseguir hacerme faltar á mi palabra aunque seáis diez veces más hermosas de lo que sois.

— ¡Vaya un viejo loco! ¡llamar partes adversas á las criaturas más lindas que hay en este país!

— Déjese usted de floreos, exclamó la más determinada de las chicas; tenemos que hacer y todavía no discurrimos de dónde podremos sacar tantísimos trapos como necesitamos.

Salieron aquellas niñas y siguieron por un buen rato el ruido, la boruca, el entrar y salir de gentes, el discutir sobre la fuga y el no hacer caso de los franceses ni de sus cosas.

— Ya van fugados quinientos.

— Algo más.

— Échale cincuenta más.

— Súbele hasta cien.

— ¿Y los franceses?

— No la huelen.

— Pero á la hora que se enteren de lo de Ortega, sí nos lucimos.

— Ya estaremos en la calle, y entonces...

Esperaba con ansia á mis salvadoras, cuando empecé á oír gritos de la guardia: «¡A los calabozos!... ¡Hay que encerrarles!... ¡Incomunicado todo el mundo!»

Y en efecto, nos encerraron en los cuartos mas fétidos y oscuros que pudieron hallar, y allí nos tuvieron hasta la hora de la salida. En cuanto á las muchachas, después nos enteramos de su triste fin: una moza de esas que llaman del partido, que vivía al lado de un oficial francés, denunció el cómo y el cuándo de las escapatorias; se indignó el general de los gabachos, se tomaron en la cárcel las precauciones que sabes, y á las excelentes criaturas las metieron en las *Recogidas*, entre borrachas, ladronas y pícaras. Parece que hubo rasgos conmovedores: la señora

viuda de Zamora, que está muy enferma y anciana, fué aprehendida sin que hubiera tomado parte en las hazañas de sus hijas; pero cuando quisieron separarla de las niñas, una de éstas, la más joven, llamada Cristina, se cogió de las faldas de la madre y se empeñó en que la encerraran con ella. Las demás entraron á los calabozos cantando los *Cangrejos* y riéndose de los antipáticos verdugos, que bufaban de la rabieta, como te lo puedes figurar.

El 28 salimos para Córdoba, y estamos haciendo lo que presuntuosamente llamamos nuestras maletas; si Dios no lo remedia hoy nos moveremos para Veracruz.

Todo lo que nos acontezca te lo escribiré muy pormenorizadamente tu

*Miguel.*

Aumento: Me figuro te quedarías con deseos de saber la suerte de las pobres muchachas que entraron á las *Recogidas* por el delito de habernos ayudado. A los pocos días salieron de la prisión; así me lo dijo un amigo que pudo influir por ellas y servir las, asegurándome también que su encierro no fué tan duro ni tan cruel como hubiera podido ser, debido á la ayuda que les prestó la mujer más rara de estos tiempos en que se ven tantas cosas raras.

La tal mujer se llama Ignacia Riechy, tiene cosa de cincuenta años, es alta, recia de miembros, fea como un cólico al amanecer y con cara hombruna y de pocos amigos. Es nativa de Guadalajara, y según parece, se le metió

entre ceja y ceja, desde que esta guerra fué un hecho, que debía salir al campo y luchar al lado de los republicanos.

Contarte cómo procuraron disuadirla de esa idea y cómo trataron de inculcarle que su lugar no estaba atacando ni defendiendo plazas, hiriendo ó recibiendo heridas, matando ó exponiéndose á que la mataran, es cosa que no se podría poner en una carta. Pero ella, erre que erre, ha lanzado á la porra las hilas, los unguentos y el propósito de curar llagas más ó menos procedentes de la guerra, y se ha calado el sombrero jarano, las botas federicas, el pantalón y la blusa roja, y con un par de pistolas de arzón á la cabeza de la silla se ha puesto al frente de los chinacos.

Ya anduvo por Jalisco, estuvo en México y peleó en Acultzingo al lado de Arteaga. Allí la hicieron prisionera y se la trajeron á Orizaba, donde quedó encerrada en las *Recogidas*.

¿Es un marimacho á estilo de algunos que nos cuenta la fama? ¿Es una loca más ó menos temible que se propone hacer el Quijote patriótico? ¿Es una mujer útil y cuerda que cree prestar servicios á la causa? No lo sé, pues quien me cuenta estas rarezas me refiere que la Riechy no sólo no es una perdida, sino que se le tiene por una virtud arisca y llena de esquivéz. Aunque á los cincuenta años no debe de ser carga muy pesada la de llevar á cuestras una virginidad que no codician ni los difuntos.

*Vale.*